

fin de que no se le escapase, y empujarlo bastante para asegurar su triunfo: doble y peligroso juego en que una sola distracción podía echarlo todo á perder.

Cavour corría, en efecto, un peligro muy real, el de verse arrollado, y sin duda en previsión de ese peligro había negado ó regateado tanto tiempo su complicidad. Entre los voluntarios había muchos que pertenecían á Mazzini, y éste se vanagloriaba de ello. El agente de Garibaldi, que se había quedado en Génova para organizar los embarcos, era el doctor Bertani, enemigo declarado del primer ministro y el «genio malo de la expedición,» al decir de La Farina. Si bien soportaba el prestigio del rey, Garibaldi detestaba á sus consejeros. Inexperto, ignorante, enredador, crédulo y desconfiado á la vez, ¿á qué locuras no se entregaría en los territorios conquistados? Cavour no olvidó nada para conjurar aquellos peligros. No pudiendo atraerse á Bertani, procuró al menos ganar á sus principales compañeros, á los que habían de dirigir los próximos refuerzos y que parecían más accesibles á los argumentos de la razón ó á las seducciones de las promesas. La Farina, jefe de la *Sociedad Nacional*, era siciliano: Cavour hizo que se embarcase para la isla, en apariencia con el objeto de que volviese á ver á su patria, en realidad para que fuese el moderador, el vigilante y el consejero del dictador. El principal cuidado consistía en evitar que ninguna de las nuevas expediciones salidas de Génova se desviase de la ruta de Sicilia para desembarcar cerca ó en las costas de los Estados romanos. No obedecía esto á solicitud por el papa, como no tardó en quedar probado: era que, en presencia de las tropas francesas, Cavour se reservaba la elección de la hora, del sitio y de los medios, y consideraba la operación tan delicada que sólo él podía realizarla sin peligro.

Contenida por una mano, la revolución se sentía ayudada por la otra. Para servirle en esta obra, Cavour encontró auxiliares singularmente activos y hábiles. «He comprendido,» telegrafió al principio de la empresa el almirante Persano al primer ministro. Luego se verá que era cierto. Tan pronto como Garibaldi hubo llegado á Palermo, el almirante acudió allí con sus barcos, puso á su disposición uno de los oficiales de la marina para uno de los cargos de su gobierno, y le entregó cañones y municiones, pero de noche y en secreto, como quería Cavour. Mientras tanto, en Génova se equipaba, bajo el mando de Medici, una nueva expedición de más de 2,000 voluntarios: la escuadra piamentesa la protegió desde la costa ligurina hasta la de Sicilia. Poco tiempo después el convoy mandado por Cosenz encontró el mismo apoyo. Pero el mejor medio de asegurar y activar el triunfo era minar el espíritu de fidelidad entre los borbónicos. Entonces empezó el paciente trabajo que, disgregando poco á poco todas las fuerzas reales, había de conducir oportunamente á la universal defecación. En 8 de junio, Persano, enterado por ciertas confidencias, agenció una entrevista con el comandante Vacca, capitán de uno de los buques napolitanos. Al decir del almirante piamentés, Vacca se mostró dispuesto á enarbolar la bandera italiana; pero los sardos esperaban una especie de pronunciamiento general (1). Aquellas noticias colmaron de alegría á Cavour, quien se

(1) Persano, *Diario privado político-militare*, pág. 33.

apresuró á notificar que asegurasen á todos los tráfugas la conservación de sus grados y empleos.

En Nápoles se había sabido sucesivamente el desembarco de Garibaldi, la ocupación de Marsala, el combate de Calatafimi y la toma de Palermo. Entre las personas que rodeaban al rey todo era estupor, cólera y confusión. El príncipe era joven, inexperto, víctima de las faltas de su raza, y se hallaba rodeado de consejeros extraordinarios que no engendraban más que la indecisión. Circulaban rumores de traición, rumores vagos todavía, pero que no habían de tardar en precisarse. Como sucede después de un gran fracaso, se empezó por acusar de debilidad ó felonía á los que se habían dejado intimidar ó vencer. Se tomaron numerosas decisiones belicosas para revocarlas en seguida; las órdenes y las contraórdenes se sucedían á cada instante. No se creía que el derecho de gentes violado dejase á Europa indiferente. San Petersburgo, Berlín y Viena estaban lejos; pero había las dos potencias occidentales, sobre todo Francia, que después de haber contribuido á acumular el nublado, podría disiparlo quizá. Envióse á París al Sr. de Martino en calidad de embajador extraordinario.

La corte se hallaba entonces en Fontainebleau. En 12 de junio el Sr. de Martino, acompañado del encargado de Negocios de las Dos Sicilias, Sr. Antonini, fué recibido por el emperador. Napoleón acogió á los delegados cortésmente y les escuchó con paciencia. Cuando hubieron concluido, les dijo: «¡Ah!, ¿por qué vuestro gobierno no escuchó mis consejos en tiempo oportuno?» Los enviados alegaron los pocos años del rey y lo reciente de su advenimiento que aún no le había permitido realizar reformas. El soberano anunció las condiciones á que subordinaría su apoyo. Aconsejaba una organización autónoma para Sicilia, el establecimiento de un régimen constitucional y la inteligencia con el Piamonte. Aunque muy resignados al sacrificio, los napolitanos se resistieron. «Si se aflojan los lazos que la unen á las provincias de tierra firme, dijeron, Sicilia caerá en poder de Inglaterra; y en cuanto á Cerdeña, nuestro honor y nuestra seguridad ¿nos permiten entregarnos á ella?» El emperador permanecía impassible. Después de un rato de silencio replicó: «Si tenéis bastante fuerza para vencer á la revolución, seré el primero en aplaudir vuestro triunfo. Pero si sois débiles, ¿cómo habéis de poderos salvar sino por medio de concesiones?» Thouvenel, que asistía á la entrevista, apoyaba cada una de las palabras de su soberano y procuraba destruir las esperanzas cada vez que parecían renacer. El emperador continuó: «Nos encontramos en el terreno de los hechos. No deseo la anexión de la Italia meridional, pero no puedo deshacer lo que yo he creado, ni renunciar al principio de no intervención. Cavour es hombre de buen sentido; ve los peligros de la revolución y no quiere proceder sino progresivamente: entendedos con él.» Habiendo aludido los napolitanos al patronato de Francia sobre los Estados romanos, Napoleón les interrumpió vivamente: «Entre el papa y vosotros hay gran diferencia. En Roma ondea la bandera francesa, y los intereses religiosos de mi país me obligan á la vigilancia.» Al final de la entrevista, el Sr. de Antonini trató de conmover al emperador evocando un antiguo recuerdo: «Fernando II fué uno de los prime-

ros que reconocieron el imperio restaurado. Vuestra Majestad me dijo entonces que los Borbones de Nápoles podían contar con su gratitud en caso de necesidad. Señor, llegó la hora, y el rey, mi joven soberano, se entrega á la protección de Francia.» El emperador vaciló, pareció conmoverse, pero no cedió, y sin añadir una sola palabra, levantó la audiencia (1). Al retirarse los napolitanos atravesaron los grupos de los cortesanos, que procuraban leer en sus rostros la decepción ó la esperanza. Aquella misma noche el *Constitucional*, periódico oficioso, publicó sobre los asuntos de Nápoles un artículo de una marcada malevolencia (2). De París el Sr. de Martino tenía que ir á Londres. Pero su viaje ya no tenía objeto. En aquella misma tarde del 12 de junio lord Palmerston, con una violencia de lenguaje inaudita, había censurado en la Cámara las atrocidades de Palermo, lo inútil de los avisos y lo inepto del gobierno de las Dos Sicilias (3). El Sr. de Martino regresó acojonado á su país. El menos malévolo era el emperador, y, sin embargo, pedía nada menos á los napolitanos que se entendiesen cuanto antes y á toda costa con su peor enemigo.

En Nápoles la necesidad hizo callar al orgullo. En 22 de junio, un aqto soberano confió la dirección de los negocios á un nuevo ministerio, concedió una amnistía general, prometió á Sicilia instituciones autónomas y anunció negociaciones encaminadas á pactar una alianza con el Piamonte. Pero á la desdichada corte de Nápoles le esperaba una humillación postrera: el desdén de aquellos cuya amistad solicitaba.

El Sr. de Martino, ministro de Negocios extranjeros en el nuevo gabinete, habló de la alianza con el señor de Villamarina, que le contestó: «Es ya muy tarde.» Sin embargo, Cavour, por consideraciones á Europa, no podía rechazar bruscamente la mano que le tendían; pero no había de aliarse con quienes contaba absorber. Desde luego trató de ganar tiempo y escribió en este sentido á su representante en Nápoles. También en Turín procuró eludir toda contestación. Mientras tanto, en el Parlamento y en la prensa sarda, el lenguaje respecto al rey Borbón era cada vez más acerbo, como para desechar toda nueva proposición. Al tener que publicar sus condiciones, Cavour aumentó adrede sus exigencias; quería que el rey de Nápoles desmintiese toda intimidad con Austria y con el papa y renunciase á toda tentativa para recuperar la isla de Sicilia por medio de la fuerza. En esto llegó de París un despacho que prescribía á Talleyrand que apoyase la alianza. De acuerdo con el encargado de Negocios napolitanos Sr. Canofari, Talleyrand pidió que todo nuevo envío de voluntarios fuera detenido y que el rey escribiese á Garibaldi á fin de obtener una suspensión de hostilidades. Víctor Manuel (¡ausencia más oportuna!) cazaba entonces en el alto valle del Tanaro, y hubo necesidad de esperar-lo tres días. A la vuelta del soberano Cavour anunció al ministro de Francia que Víctor Manuel ejercía poca influencia en Garibaldi y era además poco aficionado á la diplomacia; luego, como si hiciese un gran sacrificio, añadió que el rey consentía en escribir al general si,

(1) Véase Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, páginas 299 y siguientes.

(2) *Constitutionnel*, 13 de junio de 1860.

(3) *Parliamentary debates, third series*, tomo CLIX, pág. 330.

por su parte, el rey de Nápoles se comprometía á no imponer jamás su voluntad á los sicilianos por medio de las armas. Como el diplomático francés clamase contra las manifestaciones de Cavour, éste, muy tranquilamente, se escudó con Inglaterra que, al decir de él, encontraba esta política muy justa. Talleyrand no era tan cándido que no comprendiese lo ilusorio de aquel simulacro de negociaciones, y así se lo escribió á Thouvenel (4).

Ya fuese por el deseo y la esperanza suprema de un acuerdo, ya fuese por docilidad singular con Francia, el rey de Nápoles envió á Turín dos nuevos mensajeros, los Sres. Manna y Winspeare. Decíase que eran embajadores extraordinarios, y lo eran, efectivamente, bajo todos conceptos. El mar que cruzaban acababa de ser surcado por otros buques, armados en la costa piamentesa para atacar á los Estados de su soberano. Los barcos de guerra sardos, con los cuales cambiaban los saludos de ordenanza, servían para transportar ó aprovisionar á sus enemigos y para sobornar á su propia marina. Al desembarcar en Génova, pudieron sorprender las huellas de los preparativos belicosos, pocos días antes favorecidos por Cavour. En Turín, Talleyrand trató de allanar los obstáculos con que tropezaban los enviados del rey de Nápoles. Pero, á sus observaciones, el primer ministro sardo opuso una especie de franqueza ruda que, en sus labios, desconcertaba tanto como su astucia: «Si hiciéramos lo que las potencias nos piden, replicó, nos echarían por la ventana. Ni la popularidad del rey podría salvarnos; en Italia nadie tiene fe en el rey de Nápoles: éste hará lo que hicieron su padre y su abuelo. Los peligros son inmensos, y mi situación es la más difícil de cuantas he atravesado.» Todo lo que pudo obtener Talleyrand fué que á los napolitanos no se les quitase desde luego toda esperanza. El 17 de julio, los enviados de Francisco II fueron recibidos en audiencia. Cavour les trató con mucha cortesía, conforme había prometido al embajador francés, pero reprodujo las mismas exigencias: era preciso que el rey de Nápoles renunciase á recuperar la Sicilia.

Una victoria era lo único que hubiera podido salvar á la dinastía borbónica ó permitirle al menos un lenguaje más firme. En Nápoles los súbditos más fieles de Francisco II acariciaban aún esta esperanza. Uno de los jefes napolitanos había salido de Mesina. En 20 de julio trabóse el combate á ocho leguas al Oeste de esta ciudad, cerca de Milazzo. Lo que había de rehacer la fortuna del rey la acabó de abatir. Garibaldi, aunque á costa de grandes pérdidas, salió vencedor. Desde aquel momento fué general la convicción de que el célebre cabecilla no tardaría en invadir las provincias de tierra firme.

No sé si debo referir las negociaciones que siguieron. De concesión en concesión, los enviados napolitanos llegaron á reconocer en los sicilianos el derecho de disponer de sí mismos. Este sacrificio fué acogido como lo son en todas partes los de los vencidos. Víctor Manuel escribió á Garibaldi excitándole á que no pasase el estrecho: el aventurero, por toda contestación, solicitó respetuosamente del rey el permiso para desobedecerle.

(4) Despacho de Talleyrand á Thouvenel, 9 de julio (*Livre jaune*, 1860, pág. 147).

Thouvenel, aunque mal dispuesto para con la dinastía borbónica, se impresionó de veras. De Turín, Talleyrand le anunciaba que parecía haberse perdido toda esperanza de contener ó dirigir á Cavour. De Nápoles, los despachos no eran menos sombríos. «Se forma un vacío alarmante,» escribía en 14 de julio el barón Brenier; y pocos días después pedía instrucciones en previsión de la huida de Francisco II. Si no se ponía coto al movimiento, éste iba á ganar Nápoles, de allí las Marcas y, finalmente, el territorio de Venecia. Bajo tales impresiones, nuestro ministro de Relaciones extranjerías sugirió á lord Cowley una combinación que, sin apagar el incendio, circunscribiría el foco del mismo. Los comandantes de las escuadras francesa é inglesa en las aguas de la Italia meridional notificarían á Garibaldi la prohibición de pasar á tierra firme. Si los napolitanos querían destronar á su príncipe, podrían hacerlo á su antojo, pero sin ninguna presión extranjera. La medida, aunque tardía, indicaba una enérgica reacción. De ser adoptada, Garibaldi vería cerrársele el camino de la victoria, y, confinado en su isla, se gastaría pronto en los cuidados cotidianos del gobierno. Lord John Russell, verdadero teólogo del derecho nuevo, replicó invocando aquel principio de no intervención que había erigido en máxima. A los italianos y nada más que á los italianos pertenecía arreglar lo que era cuestión italiana. Así habló el jefe del *Foreign Office*, y Francia estimó que no le tocaba ejercer por sí sola la policía del mar (1). Los enviados de Nápoles permanecieron en Turín, pero como olvidados y prolongando simulacros de negociaciones que no engañaban á los demás ni á ellos mismos. No es que les faltasen abogados. Rusia defendía su causa con caluroso empeño, y lo mismo hacían Prusia y Austria. Francia se asustaba de la unidad italiana, como si no hubiera sido la verdadera creadora de la misma. Hasta los ingleses tenían sus horas de clarevidencia ó de indecisión. Pero he aquí de qué dependía la inferioridad de los napolitanos: sus amigos, sin dejar de mostrarse muy elocuentes, desautorizaban de antemano todo empleo de la fuerza; sus enemigos decían, como dijo un día Cavour á sir James Hudson: «No nos detendremos sino ante tropas y barcos.»

Así llegóse á primeros de agosto. A pesar de las reclamaciones de la diplomacia, Cavour tenía puesta su atención en otra parte. Juzgaba inminente la invasión de Garibaldi en el continente y de día en día esperaba recibir la noticia del acontecimiento. Pero tal exceso de prosperidad le inspiraba casi tanta inquietud como alegría. Más que nunca había necesidad de contener la revolución sin dejar de empujarla. En Sicilia el dictador lo había desorganizado todo, se había entregado en manos de sus amigos más peligrosos, sin querer escuchar consejo alguno, y hasta había hecho prender á La Farina, enviándolo al Piamonte. ¿No era de temer que el aventurero, una vez en Nápoles, hiciese sentir su victoria á causa de sus extravagancias ó fuese indócil al extremo de no querer soltar su conquista? En cambio ¿qué triunfo y, sobre todo, qué seguridad para Cavour, si éste lograba burlar á Garibaldi, como había chas-

(1) Véase el despacho de lord Cowley á lord John Russell, 24 de julio, y el despacho de lord Russell á lord Cowley, 26 de julio (*Further correspondence relating to the affairs of Italy*, páginas 39 y 40).

quedo á Europa, á Francia y á Francisco II! De ahí una intriga muy secreta, pero activamente tramada y que, si bien fracasó, no es indigna de la historia.

El plan general consistía en lo siguiente: provocar en Nápoles, ó bien un movimiento en el pueblo, ó bien una sedición militar; determinar de este modo la salida del rey, y una vez que éste hubiese partido, improvisar en favor de la anexión una manifestación que se transformaría en voto. Así se adelantaría á Garibaldi: á éste se le dejaría entrar seguramente en Nápoles como victorioso, pero Cavour ya se habría adjudicado el fruto material de la victoria. Los principales instrumentos de este plan fueron el almirante Persano y el embajador sardo, Sr. de Villamarina, el mismo que poco antes había llegado á Nápoles, como él decía, «con una misión pacífica y conservadora.» Entre los napolitanos Cavour contaba principalmente con Liborio Romano, ministro del Interior en el gabinete reciente, y con el general Nunziante, que se encontraba entonces en Suiza, pero que iba á regresar á su patria. Además se sacaba partido de ciertas disidencias que existían en el seno de la familia real, y se esperaba la benevolencia ó el concurso del conde de Siracusa.

El 3 de agosto, Persano, que hasta entonces había permanecido en Palermo, sembrando en la marina napolitana útiles gérmenes de defección, llegó á aguas de Nápoles. Era inviolable en su barco como Villamarina en el hotel de la Legación, de modo que el complot iba á ser privilegiado. El almirante sardo se avistó con el embajador, que manifestó algunas esperanzas, pero algo frágiles, puesto que se fundaban sobre todo en informes de agentes de policía que se hacían pagar por varias partes. El conde de Siracusa visitó la escuadra piamontesa, obsequió con una gran comida á los sardos y habló de la corte en términos de una severidad extrema. No había tiempo que perder; de un momento á otro, Garibaldi podía emprender su marcha hacia el Norte.

En 30 de julio Cavour había anunciado la llegada á la costa napolitana de la corbeta piamontesa *Dora*, cargada de fusiles: á pesar del misterio en que se verificó el alijo, las armas fueron confiscadas inmediatamente después de su desembarque, pero sin reos. Otros alijos se llevaron á efecto con mejor suerte y gran número de fusiles fueron depositados en sitio seguro. Consideróse luego que lo más prudente sería hacer venir de Turín no sólo armas, sino también soldados. La impudencia era grande respecto á un Estado con quien se negociaba un tratado de alianza. Por esto Cavour redobló la vigilancia en sus instrucciones. Los buques que transportasen los destacamentos habían de marchar á toda máquina sin hacer escala alguna, y ocultar á todo el mundo el destino y objeto de su viaje. Entrarían de noche en el puerto de Nápoles, se aproximarían todo lo posible á la *María Adelaida*, mandada por Persano, y sus capitanes se pondrían á la disposición del almirante. Minuciosas recomendaciones prescribían que se ocultase la presencia de las tropas hasta el momento de entrar en acción. En la expresada forma llegaron dos medios batallones de cazadores, cuyos hombres fueron distribuidos entre los buques de la división naval y mezclados con los tripulantes (2). Al mismo tiempo

(2) Persano, *Diario*, págs. 141-142. — *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. 324.

llegó á Nápoles, enviado por Cavour, el general Ribotti. «Es un hombre de acción, un verdadero volcán,» decía de él Persano, y ayudará poderosamente al pronunciamiento nacional italiano.» Atraerse por defección las fuerzas indígenas, ahorraría el cuidado de llamar auxilios de fuera. El 6 de agosto, Persano escribió á Cavour: «Tengo la satisfacción de daros la buena noticia de que, de hoy más, podemos contar con la mayoría de los oficiales de la marina napolitana (1).» En efecto, las dimisiones se multiplicaban. Si los oficiales dimitentes eran amenazados de alguna persecución, se refugiaban á bordo de los buques piamonteses que acogían bajo su pabellón inviolable á todos los enemigos de Francisco II.

Nada podría llevarse á cabo sin asegurarse poderosas complicidades en la ciudad, lo que procuraban hacer los sardos desde hacía unos cuantos días. Pero en este terreno habían empezado las decepciones. Persano se avistó con los comités y encontró la división entre ellos. Vió al ministro del Interior, Sr. Liborio Romano, y escribió luego acerca de él estas palabras: «Es todo un caballero, pero su situación le obliga á tantear; y no creo que se pueda contar mucho con él (2).» El que era «todo un caballero» no estaba lejos de hacer traición á su amo; pero le disgustaba el peligro y temía perderse si se comprometía demasiado. En cuanto al general Nunziante, cuya influencia se ponderaba mucho, aún no había vuelto de Suiza. Cavour, impaciente, estimulaba á sus amigos desde Turín: «Hay que ayudar á la revolución, decía cínicamente, pero haciendo de modo que en presencia de Europa parezca un acto espontáneo.» Se indignaba contra la apatía de los napolitanos: «Procurad dar un poco de ánimo á esos gallinas,» escribía. Abrió un crédito considerable á Persano, á fin de que pudiese conquistar á precio de oro á los que no pudiese ganar de otra manera. Pero hasta el dinero era inútil. No es que lo rehusasen, sino que los que lo aceptaban lo recibían igualmente de otra parte. En esto, el general Nunziante, que había salido de Génova el 14 de agosto, llegó á la rada de Nápoles. Se combinó un plan que consistía en reunir en el campo de maniobras varios batallones de cazadores y provocar entre ellos un pronunciamiento en favor de la anexión (3). Al acercarse la hora de la ejecución del plan, se formularon las objeciones. La oficialidad había sido cambiada, de modo que el general no tenía ya su antiguo prestigio. El mismo Nunziante estaba señalado á la policía, tanto que Liborio Romano tuvo que prometerle que le avisaría á tiempo si se tomaba alguna medida contra él.

En esto se supo que Garibaldi acababa de desembarcar en tierra firme. Ya no quedaba más que una esperanza de arrebatarle su presa, y era asustar al rey y decidirlo á que huyese. El conde de Siracusa aconsejó á Francisco II que imitase á la duquesa de Parma. El ministro del Interior, Liborio Romano, aconsejó por escrito la misma resolución. Después de pintar con negros colores los peligros de la situación y ponderar su fidelidad, exhortaba al monarca que abandonase su ca-

(1) Persano, *Diario*, pág. 126.

(2) Carta del almirante Persano á Cavour, 6 de agosto (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. 313).

(3) Persano, *Diario*, pág. 143.

pital, constituyese una regencia, entregase el poder á un ministro patriota (¿quién podía serlo más que él?), y esperase en un destierro momentáneo lo que la Providencia ó la Europa decidiesen. A pesar de tan calurosa exhortación, el rey no partió; éste seguía en su palacio, pero cada vez más solo, pues los ambiciosos se alejaban para pasarse al partido contrario y los tímidos para huir. El pueblo no se movía, no estando dispuesto á hacer ningún esfuerzo para defender á su príncipe ni para destronarlo; en el fondo los pocos años y el infortunio del monarca le inspiraban cierta compasión. Los sardos veían claro. Sin ilusión, se dieron cuenta de su importancia y de la de sus agentes. El 29 de agosto, Persano comunicó á Cavour el fracaso definitivo: «No tenemos más remedio que obrar de acuerdo con Garibaldi,» dijo el almirante. Cavour no había esperado este mensaje para buscar otra solución encaminada á detener en otra parte al aventurero. Limitóse á recomendar á Persano que se asegurase de los fuertes y de la escuadra en caso de revolución.

Lo que la intriga más refinada no podía hacer, iba á realizarlo Garibaldi. Seguía entonces los caminos de Calabria y sus partidas crecían como un torrente. Las tropas borbónicas se pasaban al enemigo ó se replegaban. Los jefes militares habían acabado por evitar los encuentros, por cuanto éstos no eran más que ocasiones de desertión. Una circunstancia particular contribuyó á disolver las tropas reales. Los primeros cuerpos que se pasaron á las filas garibaldinas fueron desarmados, siendo los hombres enviados á sus casas: desde aquel momento, la perspectiva de una licencia ilimitada enervó la poca disciplina que quedaba. Los partidos del *ejército libertador* iban de etapa en etapa, sin tomar ya precauciones, como si la región estuviese purgada de todo enemigo. Este ejército se componía de los elementos más diversos: italianos de todas las provincias, alemanes, suizos y húngaros. Al cortejo se habían agregado por curiosidad algunos ingleses de buena familia. A cada escaramuza, cada cual se había conferido un grado, de modo que el número de galones era inverosímil. De algunos pueblos, los vecinos más notables habían huido. En otras partes, los habitantes celebraban con iluminaciones la llegada de las huestes revolucionarias: es incalculable el número de farolillos que la empresa costó al pueblo de las Dos Sicilias. A muchas vías públicas se les cambiaba súbitamente el nombre para que se llamasen *Calle de Garibaldi* ó *Paseo de la Independencia*. Se contemplaba al *libertador* con un respeto supersticioso, como un ser de una naturaleza aparte que no pudiese ser vencido ni morir; él nunca se dió á conocer mejor que en esta campaña, con sus candideces de niño y sus violencias de fanático, con su estrechez de espíritu y sus cortos instantes de iluminismo, con sus perpetuas temeridades y su perpetua dicha; personaje épico sin duda, pero épico á la manera italiana, que mezcla incesantemente la farsa con la epopeya.

En Nápoles reinaba en aquellos días la gran confusión que precede á las caídas reales. Los reaccionarios eran aún numerosos, pero se sentían rodeados de traidores, y los traidores se hallaban tan encumbrados que nadie se atrevía á atacarlos. Se daban toda clase de consejos, inspirados los unos en el sentimiento del honor y los otros en la preocupación de salvar la vida. Se pro-

puso que Francisco II saliese de Nápoles con las tropas que le quedaban y fuese al encuentro del invasor. Otros pareceres más humildes fueron discutidos, y particularmente, según se ha dicho, el de apartar de sí el torrente ofreciendo á las partidas un libre paso á través del reino. Mientras tanto, Garibaldi se acercaba, y había llegado la hora de hacerle frente ó de retroceder en su presencia.

El rey se mostró superior á su suerte. No se podía decir de él que hubiese reinado bien ó mal; propiamente hablando, no había reinado de ningún modo, pues no recibió de su padre sino un trono doblemente sacudido por las largas faltas de la dinastía y por la intriga extranjera. En aquellos días supremos sintióse príncipe y Borbón. No quiso entregar á Nápoles á los horrores de la guerra, ni empeñar en campo raso con Garibaldi una lucha para la cual se reconocía inferior por su inexperiencia militar y por la dudosa fidelidad de las tropas. Habiendo resuelto retirarse, cuidó de que su marcha no fuese una huída. Se embarcaría no para el extranjero, sino para buscar un abrigo seguro en alguna fortaleza de sus Estados; allí reuniría el resto de su ejército, esperarían circunstancias mejores ó la intervención de Europa y conservaría al menos su honor, si otra cosa no podía conservar. En 5 de septiembre el rey anunció su resolución á sus ministros, declarándoles que «iba donde le llamaba la defensa de sus derechos legítimos.» Despidióse de su pueblo en forma conmovedora. ¡Cosa extraña! Liborio Romano, en sus *Memorias*, se jacta de haber redactado la proclama y añade que el rey le felicitó por haber «comprendido tan bien su alma (1).» El vacío era cada vez mayor en torno del príncipe. En tan supremas circunstancias, el almirante Persano y el señor de Villamarina cuidaron de que el abandono fuese más completo. Tanto por el efecto moral como por conveniencia, importaba que ningún barco de guerra napolitano acompañase á Francisco II. «En la tarde del 5, escribió en su *Diario* el almirante Persano, me enteré de que las tripulaciones de los buques anclados en el puerto querían seguir al rey y de que los oficiales no podrían oponerse á ello.» Muy contrariado por aquel resto de fidelidad, Persano juzgó que el tiempo de la circunspección había pasado. Disfrazóse, penetró de noche en el puerto militar, habló á todo el mundo y se movió extraordinariamente. Lo mismo hicieron el marqués de Villamarina y los individuos de los comités. A fuerza de diligencias, consiguieron que ciertos resortes de las máquinas fuesen en parte desmontados, lo cual haría imposible la salida inmediata de los barcos. El día siguiente Persano anotó en su *Diario* el feliz resultado de sus diligencias.

El día 6 de septiembre era el último que Francisco II había de pasar en su capital. A las cinco de la tarde el rey salió de palacio con su familia, algunos leales, los ministros de Austria, de España, de Prusia y de Baviera, y trasladóse á bordo del buque español *Colón*, que lo condujo á Gaeta. El pueblo estaba silencioso, sin pesar y sin insultos. De la marina nacional, un solo barco siguió al rey, el *Parthenope*; cierto que llevaba á bordo un gran número de marineros que quisieron protestar contra la defección de sus oficiales. Estos se

(1) *Memorie politiche di Liborio Romano*, pág. 70.

hallaban casi todos reunidos á bordo de la escuadra piamontesa. A la caída de la tarde, el convoy real salió del puerto. Mientras se alejaba, el rey pudo contemplar por última vez la hermosa ciudad de Nápoles, asentada en el fondo de la bahía. A través de las primeras tinieblas de la noche, en los muelles y en las colinas de la capital brillaban luces más resplandecientes que de costumbre: eran las iluminaciones que empezaban en honor de Garibaldi.

Garibaldi se encontraba en Salerno. En la mañana del 7, el síndico ó alcalde de Nápoles le llevó la expresión de los deseos de la población, «ávida de libertad.» Liborio Romano, que había redactado el día antes el adiós de Francisco II á sus pueblos, redactó con igual desenvoltura un mensaje al invencible dictador. El aventurero quiso coronar su empresa con una postrera audacia. Adelantándose á su ejército, tomó el tren en Salerno con alguno de sus compañeros, y llegó casi solo á aquella ciudad de 400.000 almas, llena todavía de agentes, servidores, soldados y guardias del príncipe caído. En la estación le esperaba Liborio Romano, que tomó asiento en su coche y quedó *ipso facto* convertido en ministro de Garibaldi. Desde la estación hasta la calle de Toledo no cesaron las aclamaciones populares; así llegaron al palacio de Anagni, que había de albergar al general. Subsistía un temor: los fuertes estaban aún ocupados por las tropas, y eran tropas bizarras y leales. Al día siguiente una capitulación serenó todas las frentes. A los ojos de la multitud, tan impresionante como ignorante, Garibaldi era el libertador, el hombre del talismán invencible, el hombre milagroso, casi tan grande como el patrono San Javier.

IV

Cavour llegaba al pináculo de su fortuna, pero también al colmo de sus apuros. Las empresas de Garibaldi le inquietaban. Dueño muy pronto de las Dos Sicilias, el atrevido *condottiere* iba á dirigirse hacia Roma, donde se encontraría con los franceses; y hacia Verona, donde tropezaría con los austriacos. Vencido, como era probable, envolvería en su descrédito y arrastraría quizá en su caída al joven reino de Víctor Manuel. Victorioso, establecería, en provecho de la revolución, la unidad italiana, pero en medio de tantas locuras que la reacción no podía tardar. No había tiempo que perder para absorber á tan peligroso amigo y marcar su obra con el sello de la dinastía de Saboya. Cavour no era hombre de largas perplejidades. No pudiendo adelantarse á Garibaldi en Nápoles, resolvió adelantarse en la frontera pontificia: es más, pasaría la frontera misma y emprendería el banditismo por su cuenta, con la convicción de que sólo él sabría limitar ó disfrazar la violencia, abstenerse de los puntos demasiado bien guardados, proceder, en una palabra, con celeridad, seguridad é impunidad.

Hacia el 20 de agosto, desconfiando de la intriga urdida en Nápoles, Cavour pareció haber resuelto su plan. Hasta entonces éste había procurado evitar toda incursión contra el Estado pontificio y desalentar toda tentativa de levantamiento en el interior. Con el nuevo plan, todas las instrucciones cambiaron y todo el esfuerzo tendió á reanimar la llama, en vez de contenerla. El

26 de agosto, Cavour escribió al diputado Gualterio que se encontraba entonces en Cortona: «Se acerca la hora de obrar en la Umbría y en las Marcas: el ministerio está decidido no sólo á secundar, sino á dirigir el movimiento.» Gualterio y sus amigos previnieron á sus partidarios. De acuerdo sin duda con la consigna enviada de Turín, hasta fijaron la fecha en que la agitación, hasta entonces disimulada, había de estallar. «Insurrección para el 8 de septiembre, dijeron, y sin mazzinianos (1).»

Aquella invasión en plena paz de un territorio vecino excedía en temeridad á todos los atrevimientos pasados. Cavour se ingenió en prevenir las objeciones que no podían dejar de surgir en su propio país. No tenía nada que temer de los hombres como Ricasoli, lógicos inflexibles que, no viendo más que el fin de sus aspiraciones, aconsejaban al gobierno que tuviera audacia y repetían: «Nuestro Garibaldi ha de ser el rey.» Tampoco temía á los revolucionarios; momentáneamente les favorecía en el fondo, para apaciguarlos más tarde por medio de los honores ó aplastarlos si se volvían demasiado exigentes. Lo esencial era conquistar á los moderados, á los formalistas, á los escrupulosos, ya muy alarmados por todas las tolerancias que habían favorecido el movimiento insurreccional de Sicilia. A este fin se hicieron circular públicamente hábiles confidencias. Si alguna nueva empresa era intentada, sería para asegurar el orden; tendría por objeto contener y no ayudar al aventurero. Un día en que el conde Pasolini, ex ministro de Pío IX y uno de los prohombres más considerables de las Romañas, visitó á Cavour, éste le hizo ver un legajo de documentos y telegramas sobre los manejos del partido revolucionario. Aquellos informes fueron sin duda muy convincentes ó habían sido muy hábilmente escogidos, pues, al salir de la audiencia, Pasolini decía con resignación: «Ahora comprendo que á Cavour no le queda más recurso que invadir las Marcas (2).» Así fué de antemano preparada la opinión, tanto que, al producirse los acontecimientos, iban éstos á parecer simplemente una de las fases normales de la transformación italiana. La verdad es que Cavour había llevado las cosas á tal extremo que corría peligro de perder el fruto de todas sus violencias, si no las coronaba con otra violencia mayor; por esto aun las personas más moderadas tendían á cubrir con su silencio lo que juzgaban inevitable. La indulgencia tenía también otra causa. Los italianos (sin excluir á los mejores) habían llegado á crearse respecto á los asuntos de su país una conciencia aparte. Como antiguamente se habían concluido muchos tratados sin que se les consultase, no se consideraban obligados sin que se les consultase, no se en Italia no pertenecía á la agregación piamontesa les parecía injustamente distraído del patrimonio nacional. Por consiguiente, las palabras cambiaban de sentido al pasar los Alpes; y lo que nosotros llamamos rapiña, allí se llamaba restitución.

La única potencia que á su antojo podía impedirlo ó permitirlo todo era Francia. En 10 de agosto, el nuncio del papa en París, alarmadísimo de ciertos rumores, había preguntado por medio de una nota á Thouvenel cuál

(1) Véase *Lettere e documenti del barone Bettino Ricasoli*, tomo V, pág. 223.

(2) Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 266.

sería la conducta del gobierno francés si algunos «mal intencionados» invadían la frontera pontificia. En términos de una brevedad correcta, Thouvenel había contestado que la presencia de nuestras tropas en Roma respondía por sí sola á la pregunta. Pocos días después, el emperador partió para visitar sus nuevas provincias de Saboya, donde iba á encontrarse entregado á sí mismo y á su natural debilidad, tan cerca de aquella Italia que le fascinaba y lejos de los encargados de velar por las tradiciones diplomáticas. Hay coincidencias tan oportunas que no es fácil persuadirse de que únicamente son debidas á la casualidad. Encontrándose el soberano en Chambéry, fueron á saludarle dos altos dignatarios piamonteses, el Sr. Farini, ministro del Interior, y el general Cialdini. La prensa oficiosa anunció que la entrevista no tenía ningún alcance político; era un simple acto de cortesía. Víctor Manuel no podía menos de transmitir sus homenajes al emperador cuando tan cerca se hallaba éste de la frontera. Los enviados fueron recibidos el mismo día de su llegada, es decir, el 28. Habían consultado previamente al doctor Conneau sobre la conducta que debían observar. Los dos italianos hablaron muy mal de Garibaldi, que no quería entender razones y causaba todo el mal con su terquedad. No había medio de impedir que llegase á Nápoles y se hiciera proclamar dictador; sin embargo, había que cerrarle el paso, de lo contrario triunfaría la revolución que el emperador no quería, ni Cavour tampoco; de ahí la urgente necesidad de ocupar la Umbría y las Marcas. Como la empresa tenía dos aspectos, los negociadores procuraron no hacer ver más que uno solo, y lo que en el fondo no era más que banditismo adquiría trazas de gendarmería. Así hacía Cavour en Turín con sus amigos más conservadores. Aun velado de esa manera, semejante lenguaje era muy atrevido. Se pedía á Francia la autorización de desposeer al papa de la mitad de sus Estados, cuando la misma Francia cubría con sus tropas la otra mitad y la declaraba inviolable.

¿Qué replicó el emperador? Si hemos de dar crédito á los dos mensajeros piamonteses y á Cavour que recibió sus primeras confidencias, el acuerdo fué completo. Posteriormente, el general Cialdini afirmó á varios franceses dignos de crédito que toda la empresa fué concertada con el emperador; hasta añadió que Napoleón había recomendado la prontitud. En una declaración hecha el 30 de junio de 1861 en la Cámara de los diputados, Farini no fué menos explícito. En cuanto á Cavour, trazó éste en su correspondencia un cuadro muy animado y algo humorístico de la entrevista. «Farini y Cialdini, escribió en 29 de agosto, han regresado esta mañana de Chambéry. El emperador ha estado perfectamente bien. Farini le explicó nuestro plan. *El emperador lo aprobó todo*. Hasta parece que la idea de ver á Lamoricière ir á hacerse... le plugo mucho. Dijo que los diplomáticos pondrían el grito en el cielo, que él mismo se encontraría en una situación difícil, pero que él lanzaría la idea de un congreso (3).»

Creo que los sardos interpretaron con un poco de complacencia para sí mismos las palabras del soberano. No es posible imaginar que Napoleón fuese tan cándido

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 354.